

Frente libertario

Madrid,
29 de junio
de 1937

Núm. 213

editado por el comité de defensa confederal :: región centro.

LA VOZ DE LA F. A. I. RESUENA A ACUSACION EN PARIS

Federica Montseny, culpa a las democracias y al proletariado mundial de su incomprensión ante el grave momento que viven los pueblos libres

“¡Ah, camaradas franceses!--ha dicho nuestra compañera--¡Qué diferencia hay entre la vida que lleváis, despreocupada, tranquila, apartando de vuestro lado las preocupaciones para extraer el mayor producto de goces, y la que llevamos nosotros en España! ¡Las mismas bombas, tiradas por las mismas manos que asesinan a nuestras mujeres, ancianos y niños, que les persiguen en el éxodo Málaga-Almería y Bilbao-Santander, caerán sobre vosotros, sobre vuestras mujeres y sobre vuestros hijos!”

“Si el fascismo vence en España, vencerá en Europa; si es vencido, desaparecerá de Alemania y de Italia”

Una vez más, los trabajadores parisienses han manifestado su profunda simpatía y su completa solidaridad con los hermanos de España. Así se ha visto el 18 de junio en el Velódromo de Invierno a una inmensa muchedumbre agrupada para oír a Federica Montseny, a García Oliver, a Benito Pavón y a David Antona, que hicieron uso de la palabra bajo la presidencia de Emiliana Durruti, la compañera del héroe.

Por falta de espacio no podemos ocuparnos de los discursos pronunciados por los compañeros Pavón, Antona, y García Oliver.

“Camaradas y amigos: He venido a París con ilusión. Esperaba hallar congregada en este acto toda la conciencia liberal de Francia, todo el espíritu antifascista de las masas francesas, toda la simpatía que merece y necesita la tragedia española.

El proletariado internacional, las democracias de Europa, no han querido comprender esta verdad tan elemental y tan simple: que en España se está jugando la suerte del mundo. Han fracasado las democracias como fuerzas estatales y ha fracasado el proletariado como fuerza revolucionaria y antifascista. Las Internacionales, las tres, la sindical, la segunda y la tercera, incluso la nuestra, han fracasado, al no saber organizar la protesta mundial del proletariado, obligando a los Gobiernos a situarse en lo que a la invasión de España por Italia y Alemania se refería. Cuando nosotros pedíamos armas con desesperación, toda la solidaridad internacional se ha limitado

a darnos chocolate y leche condensada para nuestros hijos. No se ha sabido ni aun organizar el sabotaje, el boicot, para conseguir que, ya que nosotros no podíamos recibir armas, tampoco las recibieran los rebeldes. ¡Terrible responsabilidad para los propietarios de Francia, de Inglaterra, de Bélgica, de Suiza! En cuanto a la democracia, ha dado el ejemplo más vergonzoso de cobardía ante la bravuconería fascista que puede darse, consintiendo esa farsa de la no intervención, del control ejercido por los mismos Estados beligerantes, puestos en peligro por la Revolución que había estallado en España.

Ha sido la C. N. T. la que ha sometido a constante gimnasia revolucionaria al proletariado español, preparándole para esa resistencia al fascismo que es el ejemplo y la lección dados por el pueblo español al mundo.

Porque, en realidad, es esto lo más importante, lo más fundamental, según nosotros, de lo que la C. N. T. y el proletariado español han sabido hacer: demostrar a todos los trabajadores del orbe que la resistencia contra el fascismo es posible, que a la violencia organizada del fascismo, última carta del capitalismo mundial para sostener sus privilegios y defender sus intereses, hay que oponer la violencia organizada de la clase obrera. La unidad de clase de los oprimidos, de los despojados, de los explotados, contra los opresores, los explotadores y los privilegiados.

Si a nuestra unidad para la lucha, hubiera contestado la acción decidida de los trabajadores de todos los

países, el fascismo estaría ya vencido en España y habría recibido un golpe de muerte en Italia y Alemania.

Si la personalidad humana no es una entelequia, si la dignidad humana no es un mito, todos los enemigos del fascismo, que destruye todo esto, que somete al hombre y lo reduce a la condición de máquina obediente, que anula todas las conquistas del cerebro humano, hemos de encontrarnos reunidos alrededor de un objetivo común: impedir que los Estados totalitarios se consoliden y que la bestia negra de la autoridad exacerbada y frenética se haga dueña del mundo.

La C. N. T. ha sabido realizar esa misión alta y útil en España. Por eso se nos acusa. Por eso hay camaradas que estiman que nosotros hemos renunciado a nuestros ideales y hemos iniciado un camino de rectificaciones peligrosas. No. Nosotros nos hemos encontrado ante problemas vitales, palpitantes, ante los que no se podía esconder la cabeza bajo el ala, ante los que debía buscarse una solución inmediata, ya que de ella dependía el triunfo o el fracaso.

Por ejemplo: en lo que se refiere a la guerra, fué Durruti el primero —no sospechoso precisamente de falta de contenido anarquista— que comprendió que la guerra debíamos hacerla tal como la hacía el enemigo. Que era preciso convertir en un Ejército con técnica militar, con mando eficaz y único, que pudiera luchar con ventaja y ahorrando el mayor número posible

de vidas, nuestras milicias desordenadas, heroicas, pero ineficaces. Y el mando militar se organizó y se improvisaron los jefes que no teníamos y se ha hecho el Ejército que no existía. Un Ejército con jefes como Mera, albañil de la C. N. T., que ha declarado públicamente: “Cuando la guerra termine, Mera, albañil, volverá a coger el palustre de su oficio y enterrará al Mera general de hoy”.

La C. N. T. ha comprendido que, en lo que respecta a todos los problemas, había de tener un punto de vista, un plan concreto. Hoy lo tiene. Lo tiene en Economía, lanzando las grandes líneas para todo un proyecto de reconstrucción de España, de realizaciones revolucionarias por etapas, que comienzan por la municipalización de la vivienda y de la tierra y que exigen la legalización inmediata de todas las colectivizaciones, conseguida en lo que al campo se refiere. Lo tiene en Justicia, en Enseñanza, en Obras públicas, Seguridad interior, en Política exterior, en Defensa. Con criterio constructivo, encarándose con realidades, no soslayándolas, refugióndose en la intangibilidad de principios, que son letra muerta, cuando no pueden solucionar los conflictos planteados por el curso de los acontecimientos y por el encadenamiento de hechos sucesivos, que constituye la vida de los hombres y de los pueblos.

Esa es, según parece, nuestra gran falta, nuestro gran crimen, del que

(Continúa en la 2.ª pág.)

Las Masas Obreras y la Unidad

A la unidad de todos los trabajadores españoles sólo se llega por un camino: por la capacidad de las mismas masas trabajadoras para imponer su desinterés a los egoísmos de sus dirigentes

Los momentos actuales tensos y difíciles porque atraviesa el pueblo español imponen el que se hable con toda la claridad a que el mismo pueblo, por su heroísmo y por sus sacrificios, tiene derecho. Y consideramos que ha llegado el momento de decir claramente a los elementos populares que la unidad de todos los trabajadores españoles —garantía de la victoria— ha de nacer de la fuerza de las mismas masas trabajadoras, que hagan inútiles los egoísmos y las intemperancias de todos los elementos que, con mayor o menor justicia, detentan su dirección política y su orientación general ante los problemas que la realidad nos presenta.

Todo el mundo habla de unidad; pero nadie está dispuesto a hacer la más pequeña de las concesiones para que esa unidad se convierta en realidad luminosa. Y esto porque la unidad se entiende de una manera peregrina: como medio para ampliar las propias esferas de influencia política y de hacer que todos los trabajadores obedezcan las propias consignas de los que cacarean una y cien veces por la unidad del proletariado. La unidad se concibe por los políticos que tanto alardean de desearla, no como acuerdo, sino como imposición de las propias posiciones a las demás esferas proletarias españolas; y desde luego anticipamos que así se puede conseguir todo, menos que se realice la unidad que tan necesaria nos es.

Los dirigentes políticos de las organizaciones antifascistas españolas se han abroquelado en sus posiciones egoístas—en sus posiciones de partido—, y si hablan de la unidad lo hacen en el sentido de que todos los trabajadores españoles acepten como buenas sus ideas y como excelentes sus pensamientos. Y no comprenden o no quieren comprender que la unidad es algo totalitario, algo de integración en la igualdad de elementos diversos, algo de superestructura que se basa sobre diferencias iniciales a las que se ha llevado la moderación de las transigencias. Y que, por consiguiente, la unidad sólo es posible lográndola cediendo todos en las posiciones escuetas y rígidas que como grupo particular se mantienen, pero no imponiendo a los demás los propios particularismos. Esto dará lugar a una dictadura subconsciente, a una tiranía ideológica tolerada, pero no dará lugar jamás a que la unidad se convierta en algo cierto y efectivo, porque hará fallar la primera y más importante consecuencia de la unidad, que es el acuerdo y la cooperación en todas las actuaciones trascendentes.

Si la unidad no se ha sellado todavía entre todos los trabajadores españoles, ha sido porque todavía han tenido más fuerza las opiniones de los dirigentes que las opiniones de las mismas masas trabajadoras. Ha sido porque los egoísmos y las intransigencias de los dirigentes han tenido la fuerza necesaria para imponerse a los sinceros deseos de los trabajadores. Ha sido porque hasta ahora continúa triunfando el egoísmo sobre el desinterés, los malos deseos de me-

tro y de dominación personal sobre el altruismo de que en todo momento saben dar muestra los auténticos trabajadores, los verdaderos hombres en los que encarna el espíritu del pueblo.

La unidad sólo se conseguirá exacta y rotunda cuando sean desplazados todos los obstáculos personalistas y de mantenimiento de posiciones preeminentes que se mantienen por quienes más hablan de la unidad; es decir: en el mismo momento en que las mismas masas trabajadoras impongan su desinterés y su voluntad sobre los egoísmos y las mezquindades.

Cuando detrás de las buenas palabras y de los mejores discursos se encuentren verdaderos deseos de lograr la unidad, ésta será un hecho. Entre tanto, sólo, será una lejana entelequia.

La hiel, el veneno y la sensatez

La tienen los animales todos. Claro que nos referimos a ese bípodo que hemos dado en llamar racional porque razona. Pero, para que razone, es preciso que no esté cegado por el sectarismo de cualquier religión, aunque ésta se llame materialista en vez de positiva. Porque llamarse a sí mismo sensato un sectario, ya es el colmo del cubo de su egolatría. Y si además de sectario se es político o zascandil de político, entonces ya no se tiene autoridad moral para hablar de veneno, ni de hiel, ni de sensatez...

Que está, naturalmente, entre los hombres que no están pagados de megalomanía y sí libres de toda clase de prejuicios políticos, morales y religiosos.

La sensatez está en quien no gasta gasolina, ni tiempo, ni material en hacer carrozas de carnaval para anunciar un mitin donde seguramente brillará la sensatez y sobrá la hiel y el veneno. La sensatez está en quienes, a pesar de ser el blanco del veneno de otros que en vez de tener sensatez les sobra la hiel, no responden en el mismo tono.

Los sensatos son los que obran siempre rectamente y de cara a la realidad. Los sensatos son los que, teniendo en cuenta la geografía, la psicología y las condiciones morales y económicas y revolucionarias de un pueblo, no le traicionan jamás, porque, además, no se traicionan los postulados que se predicaban.

¡Tendría gracia que salieran ahora cuatro stajanovistas del equilibrio político y revolucionarios de su estómago, sin pelo de barba y con sobra de dialéctica bíblica, a darnos lecciones de sensatez a quienes precisamente por exceso de ella han dado lugar a que se hayan colocado en el mejor asiento y traten de dejar en tierra al prudente por exceso de sensatez!

La voz de la F. A. I. resuena a acusación en París

(Viene de la pág. 1.ª)

nos acusan no pocos anarquistas que no han sabido ni podido superarse a sí mismos. ¡Errores! Sin duda los habremos cometido. ¿Quién no los comete? Sólo no se equivocan los que no hacen nada.

¡Ah, camaradas, obreros franceses! ¡Qué diferencia hay entre la vida que lleváis, despreocupada, tranquila, apartando con obstinación las preocupaciones, para extraer de la existencia la mayor cantidad posible de goce, y la que llevamos nosotros en España! Hemos aprendido a no estimar la vida, viendo de qué manera mueren los hombres. Y hemos aprendido a despreciarla, cuando, para conservarla, deberíamos imponernos una existencia de miseria espiritual y de vergüenza íntima. Todo esto lo siente y lo piensa todo nuestro pueblo. Lo sienten y lo piensan los hombres que mueren en el frente y las multitudes que perecen bajo los bombardeos en las poblaciones de la retaguardia.

Desde octubre, toda España vive en tensión heroica, en una tensión

que ha ido en crescendo, aumentando el diapason, hasta llevarnos al heroísmo del pueblo de Madrid, que desafía cada día a la muerte, convertida en obuses, y de ese pueblo de Bilbao, que se defiende casa por casa, que se bate como puede contra el fascismo de fuera y de dentro. Vosotros, obreros franceses, que vivís vuestra vida tranquila, que sabéis que el "Metro" os espera al salir de este acto, y vuestra casa apacible, sin peligro de bombardeo alguno, no podéis saber lo que es eso. Pero si podéis, debéis saberlo, por cuanto habéis vivido la guerra europea, habéis sentido gruñir sobre París los mismos obuses que destruyen hoy a Madrid, que asesinan a Bilbao, que han sembrado la muerte en Málaga y Almería.

Pues bien: es preciso que os habituéis a pensar una cosa: las mismas bombas, tiradas por las mismas manos que asesinan a nuestras mujeres, a nuestros viejos y a nuestros niños, que les persiguen por la carretera de Málaga y Almería, de Bilbao a Santander, caerán sobre vuestros viejos, vuestros niños y vuestras mujeres. El fascismo es eso. Es la guerra, es el imperialismo amenazante, es la destrucción de todos los valores de nuestra civilización.

Termino, camaradas, repitiendo esa frase terrible que quisiera que aprendieseis de memoria, para que, a su influjo, se galvanizaran vuestros cuerpos y vuestras conciencias y comprendierais todos cuál es vuestra tremenda responsabilidad y vuestro tremendo peligro: Si el fascismo triunfa en España, vendrá, fatal e inevitablemente, la guerra, que a costa de tantos sacrificios y de tantas cobardías queréis evitar. Si el fascismo es batido en España, el fascismo se hunde en Italia y en Alemania, y el mundo podrá respirar, alejados, por mucho tiempo, los fantasmas siniestros de la guerra y de la esclavitud. Nada más."

La pérdida de Bilbao no significa el silencio de Euzkadi. Hoy más que nunca debemos prestar todo nuestro apoyo a los valientes cántabros.